

1815. ✕

EL DUQUE DE VISEO.

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS.

REFUNDIDA,

REPRESENTADA EN ESTE TEATRO.

CADIZ : CON LICENCIA :

EN LA OFICINA DE DON ANTONIO DE MURGUIA.

AÑO DE 1815.

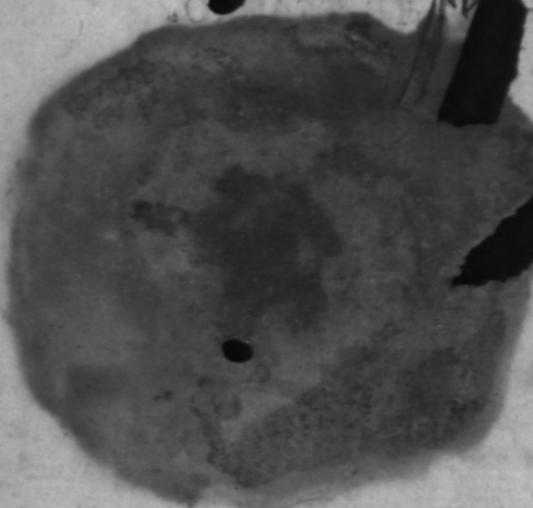
EL JUGUE DE VERBO

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS

DE FUINDA

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE...



IMPRESION EN EL AÑO DE 18...

ACTORES.

ENRIQUE, usurpador de Viseo.

EDUARDO, hermano suyo, y Duque legítimo de Viseo.

VIOLANTE, hija de Eduardo, con el nombre de Matilde.

EL CONDE DE OREN.

ATAYDE, alcaide del castillo.

ASAN.

ALY.

} Esclavos negros.

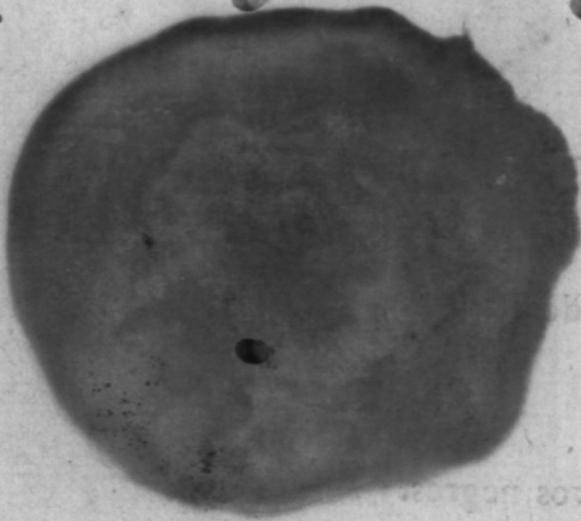
GUARDIAS de Enrique.

ACTORES

SOLDADOS de Orense, usurpador de Enrique

EDUARDO, hermano suyo, y Duque legítimo de Visco

La acción es en Portugal, en una fortaleza del Duque de Viseo



EL CONDE DE ORENSE

ATAVDE, alcalde de

ASAZ

AIV

GUARDIAS de Enrique

ACTO PRIMERO.

La escena en este acto y en el segundo representará un salón magnífico, con correspondencia á los lados y al frente para las demas piezas del castillo.

Escena primera.

Atayde. Matilde.

Matilde está sentada en aptitud llorosa y afligida. Atayde en pie, algo separado de ella, observándola.

Atay. ¿Siempre llorando? La mortal tristeza que os envuelve la mente y los sentidos desde que en este albergue os recibieron, ¿no permite al consuelo algun camino? Ni este respeto universal que os sigue, ni el obsequio del Duque y los carinos, ni las galas, la pompa, y las riquezas que alagan vuestros ojos de continuo, os pueden distraer?

Mat. ¿Pensais, Atayde, que puede acaso al sentimiento mio esconderse esta triste servidumbre

entre el vano oropel que yo no admiro?

Ocho veces el Sol ha iluminado
las formidables torres del castillo

desde que en él sin el amor de un padre,
y sin mi libertad, llorando vivo.

¿Qué intenta el Duque? ¡Oh Dios!

Atay. Mas bien Señora,

que súbdita, aquí os veis: sus beneficios. . . .

Mat. El bien que hace la fuerza es una injuria,

Cargáronme de joyas y atavios,

y me privaron de la paz dichosa

que yo gozaba en mi inocente asilo.

¿Qué sirvió resistir? El Duque

dijo *Yo así lo mando*; y fué preciso

humillarse y ceder. Yo conducida

por esos negros fui, dignos ministros

de tal violencia: en tanto que á mi padre

hablaba el Duque. . . . *Atayde*, si el gemido

de una misera víctima os condeule,

¿qué es, decid, de su suerte? En este sitio

¿quién la entrada le niega? ¿Quién estorba

que yo vierta en su seno mis suspiros?

Atay. En salvo está, aunque ausente: consolaos,

y por él no temais.

Mat. No siempre han sido

tan injustos los Duques de Viseo:

y si el noble Eduardo fuera vivo,

no aquí se viera la infeliz Matilde,

su afán al Cielo denunciando á gritos.
 Aquel si que era grande y virtuoso.
 ¡Cuántas veces mi padre su benigno
 carácter me pintaba y sus virtudes,
 dignas de mejor suerte! Yo al oírlo
 lloraba de placer. ¡Cuántas decia
 que en su fiel corazón, cual tiernos hijos,
 amaba á sus vasallos! Él es muerto,
 el fiero Enrique manda, y yo he nacido
 en tiempo tan fatal.

Atay. Sabed, Matilde,

que vuestros sentimientos son bien dignos
 de la augusta memoria de Eduardo:
 sabed que . . . mas Enrique al conducirnos
 á este palacio, os rinde el homenaje
 que mandan la virtud y el atractivo.

Mat. ¿Puedo yo comprender lo que es conmigo?

Tímido á veces, vergonzoso y triste,
 clavando en mí sus ojos doloridos,
 tiembla y suspira, y por hablar anhela,
 y la palabra entre sus labios fríos
 helada espira: á veces obsequioso,
 con rostro alegre y ademán festivo,
 elogios prodigándome y alagos,
 quiere que mi dolor dé yo al olvido.
 Otras, en fin, cuando á saber mi suerte
 me presento á su vista de improviso,

se estremece aterrado, y me despide,
de un horror tan funesto poseído,
que se extiende ácia mí, y huyo al instante
sin poderme valer.

Atay. Yo no me admiro
que aun no entendais la desigual porfia
que esconde en su interior. Mas si de un vivo,
si de un vehemente amor fuese la muestra,
pasion nacida al esplendor divino
de esa rara belleza....

Mat. Atayde, basta: *Levantándose.*
sabad el Duque y vos, que ni al oido,
ni al pecho de Matilde una ignominia
jamás será sufrible. Yo os he visto
tal vez á mi desgracia y á mis penas
mostrar semblante tierno y compasivo:
pero erré, ya lo advierto; y la inclemencia
de mi cruel estrella me ha traído
á morar entre fieras, donde nunca
la piedad y el honor hallan abrigo. *Vase.*

ESCENA II.

Atay. ¡Fiereza hermosa! ¡Ó cuál se muestra en ella
su generosa cuna! En vano ha sido
temer yo que el poder y la opulencia
hallasen á sus ojos atractivos.
En fin, ya es tiempo de acabar mi obra,

y el velo que cubrió tantos delitos
se rompa de una vez.

ESCENA III.

Enrique. Atayde.

Enri. Detente, Atayde;

escucha á tu Señor, que ya es preciso
terminar de una vez tantas sospechas.

¿Tú de mis penas confidente digno,
tú, que fuiste mi cómplice, me olvidas,
y me nitas tu aparato en el abismo,
donde hundido me ves? No te recuerdo

la vida y libertad que me has debido,
los bienes y el favor, que largamente
mi incansable amistad partió contigo.

Mas, ¿porqué, dime, mi presencia evitas?

¿Porqué con ceño y ademan esquivo
te he de hallar siempre? Si de tí pendiera
derramar el balsámico rocío
de la tranquilidad sobre las penas
que en este triste corazon abrigo,

¿no fueras tú el primero á consolarme?

¿No hallára en tí mi agitacion su alivio?

Atay. No lo dudeis, Señor: por mí conozco
el peso que tras sí dexa el delito,
pues ya no soi bastante á sostenerle.

¡Oh, cuántas veces la fortuna envidio
de aquellos que al furor de vuestro brazo
lanzaron tristes el postrer suspiro!
¿Qué no diérais, decid, porque á la vida
volver pudiese del sepulcro frio
el mísero Eduardo?

Enri. Escucha, Atayde:

¿porqué mentar tal nombre á mis oídos?
Mi pecho, por mi mal, aun no es de bronce,
y á pesar del horror donde impelido
fué por mi frenesí, sabe que á veces
aun de ternura y de dolor suspiro.
Él me amaba en un tiempo, y yo le amaba,
y era inocente ¡Oh sin igual delito!
¡Oh Eduardo! ¡Oh Teodora! ¿Mas la ingrata
no le prefirió á mí? ¿No dió al olvido
por el suyo mi amor? ¿Vés la agonía,
vés el remordimiento y el martirio,
que desde el punto de su infausta muerte,
sin poderlos calmar, traigo conmigo?
Pues no son tan funestos á mi pecho
como la gloria, la fortuna, el brillo,
que siempre coronaban á Eduardo
para eterna baldon y oprobio mio.
Yazca por siempre en la espantosa tumba
donde por mí precipitado ha sido,
y no perturbe su memoria amarga
el dulce instante en que á mi bien camino.

Sí, Atayde; aquel amor irresistible, que pudo conducirme al parricidio, ahora me tiende su amigable mano y me va á redimir del precipicio.

Atay. ¡El amor! Perdonad: yo imaginaba que eternamente en vuestro pecho escrito el nombre de Teodora viviría á pesar de los tiempos, y el olvido. Su amor por Eduardo, su himeneo á vuestro negro afán dieron principio y á los atroces celos, que afilaron para su muerte el vengador cuchillo: Desde entonces vuestros días de amargura y horror fueron vestidos, y pronunciar el nombre de Teodora se os oye siempre en doloroso grito.

Enri. ¡Ah! Yo adoro á Teodora mas que nunca. ¿Olvidarla? jamas. Pero el destino vida la vuelve á dar, y ella renace á atormentar de nuevo mis sentidos. ¿Respirar no la miras en Matilde? La misma gentileza, el mismo brio suyos son sus bellísimas facciones, suyo en los ojos el ardor divino.

Atay. Mas ¿qué vana ilusion os arrebató? Volved en vos, Señor: este prestigio dilatará vuestra profunda herida, en vez de darla (cual pensais) alivio.

Otras sendas buscad, que distraer os
podrán; volved al bélico exercicio,
que en el ardor de vuestra edad primera
toda su gloria y sus delicias hizo.

La guerra con Castilla se prepara,
el Rei gustoso os llevará consigo,
y Marte auyentará vuestros pesares
mejor que un amoroso desvario.

¿El nombre del amor no os amedrenta?

¿No llega á estremecer os el peligro
de dar los labios á la copa, en donde
solo hiel y dolor habeis bebido?

Sacudid la ilusion que os aya á poseer os.

Enr. No es ilusion, Atayde: por mí mismo
muerte me viste dar á la que amaba;

y agitado sin fin, y consumido
en imposible abrasador deseo,

¿qué tormento jamas se igualó al mio?

Desde el momento aquel, beldad ninguna
mis ojos aduló con su atractivo,

ni vez alguna en agradables ecos
resonó dulcemente en mis oidos.

La rabia sola de mi inútil crimen
halló en mí pecho su funesto abrigo,

hâsta que ví á Matilde. ¡Oh, cómo al verla
mi corazon pasmado, estremecido,

sintió delante á la infeliz Teodora,
y embravecerse su tormento antiguo!

Mientras mas la contemplo, mas la adoro.
 No ya trás una sombra, un bien perdido,
 se exhalarán mis áridos deseos;
 cese ya aqúeste afan, este delirio;
 amor va á coronarme, y venturoso
 á Teodora en Matilde al fin consigo.

Atay. ¿No ves que os engañais? Nadie el sosiego
 en la violencia halló, ni en el delito.
 Ella no os puede amar.

Enri. ¿No puede amarme?
 ¿Y porqué?

ESCENA IV.

Matilde y dichos.

Mat. Perdonad, si á interrumpiros
 me atrevo ahora. ¿A las palabras mias
 concedereis, Señor, atento oido
 un momento siquiera?

Enri. ¡Ah! ¿Cuál momento
 de mi vida no es tuyo? De este sitio
 Atayde te retira.

Vase Aydo.

ESCENA V.

*Matilde, y Enrique cogiéndola de la mano, y lle-
 vándola á sentar junto á él.*

Enri. Habla, no tiembles :

¿Por ventura, en poder de un enemigo,
de un señor irritado estás ahora?

Mat. ¿Qué sé yo? Contemplad en mis gemidos,
y contemplad mi suerte: aprisionada,
arrancada al alago de los míos,
aquí suspiro en vano, y aun ignoro
de tal suceso el infeliz motivo.

Si es castigo tal vez, sepa yo al ménos
cual vuestra ofensa, y mi delito ha sido;
y si es favor, vuestras bondades busquen
otro objeto, Señor.

Enri. No le hai más digno
en la tierra. Pues qué; tú sola ignoras
que en la humildad de tu anterior destino
el valor y beldad que te dió el Cielo,
se hallan indignamente obscurecidos?
Eleva tu ambicion. El mas excelso
Señor de Portugal, que aun al Reimismo
quizá se iguala, tu hermosura adora,
y rinde á tus encantos su alvedrio.
Tus labios hablarán, y mil esclavos
adorarán tu gusto y tus caprichos;
tu estancia harán los mármoles y el oro;
la pompa del Oriente tu atavio.

Mat. Sorprendida, Señor, de una fortuna
que jamas he envidiado, y que no admito,
permitid que mis labios os respondan
con el candor que en mi inocencia abrigo.

Sabed, que el oro que á mi vista brilla
no es tanpreciado en su esplendor ni rico,
como el olor de las hermosas flores,
que, para adorno del albergue mio,
en guirnaldas bellisimas texidas
me lleva mi Fernando de continuo.

Enri. Calla infeliz. ¿Con que á sufrir de nuevo

Aparte.

de los celos crueles el cuchillo
condenado he de verme?... ¿Pese Fernando
quién es?

Mat. ¿En qué, Señor, os ha ofendido,
para que solo de escuchar su nombre
tan fieramente os irriteis conmigo?

Enri. ¿Quién es?

Mat. Nacido, como yo, de un padre
al campo consagrado y su cultivo:
Fernando es un soldado valeroso,
que del Conde de Oren siempre fué amigo;
él le llevó á la guerra, y con él vive
en el fuerte cercano á este castillo.

Enri. ¿Y le amas?

Mat. ¿Si le amo? Preguntadlo
á aqueste corazon, en donde al vivo
arde su imágen retratada en fuego.
Preguntadlo á los montes convecinos,
que de nuestros dulcísimos amores
por tantas veces cómplices hicimos.

Enri. ¿Y así te atreves á anunciarlo?

Mat. ¿Acaso es, Señor, el amar algun delito, para ocultarlo así?

Enri. ¡Con que yo solo, *Aparte.*

yo solo habré de ser quien consumido en fuego criminal, nunca á mis labios podré pasar los sentimientos míos!

¡Oh! no: pues que yo sufro, sufran todos.

Olvidar á Fernando es ya preciso: *A ella.*

Matilde, yo lo mando.

Mat. Es imposible, que el amor no se manda, ni el olvido.

Enri. La fortuna á su trono te convida, y ese amor te envilece.

Mat. ¡Ah, que es tan rico de bello honor y de virtud Fernando, que en vez de avergonzarme en su cariño, mil veces mas y mas le idolátrara si fuera dable acrecentar el mio!

¡Faltarle yo! Jamas. El alto Cielo de las urnas palabras fué testigo, con que juré ser suya, y sabe el Cielo como mi corazon ansia cumplirlo.

Enri. Calla, bárbara, calla.

Mat. ¡Oh, cuál me mira!

Escusadme, Señor, yo me retiro.

Permitidme.....

Se levanta para salir, y la detiene.

Enri. Detente : yo te amo :
¿lo sabes?

Mat. ¿ Vos, Señor?

Enri. El pecho mio
es un volcan furioso que va á ahogarme ;
si templarle en tus brazos no consigo ;
no pretendas huir, es imposible ;
escúchame : mi mano, el poderio
con que me ves lucir, todo es ya tuyo,
no lo desdeñes : si ultrajar me miro
con tal desprecio, la violencia entónces

Mat. ¡ La violencia ! Ese oprobio es tan indigno
de vos ! . . .

Enri. Piénsalo bien : piensa, Matilde,
que estás en mi poder.

Mat. Sí, y eso mismo
es lo que al cabo á defenderme basta.
Vos sois noble, Señor : vos de mi asilo
á este opulento alcázar me traxisteis,
y si en él un perverso, un foragido,
atentase á mi honor, ¿ quién me escudara
sino vos solo en tan fatal conflicto ?

Dadme, pues, contra vos seguro amparo,

Se echa á sus pies.

yo arrodillada á vuestros pies le pido,
y en mi llanto bañándolos, imploro
la piedad que se debe al desvalido.

Respetad mi inocencia, y no en un punto
á los ojos del mundo, y á los míos,
y á los vuestros tambien, objeto sea
de ignominia y baldon.

Enri. Á su atractivo

Aparte.
mi furor se desarma. Oye Matilde;
la ansiosa agitacion en que te miro
disculpe tu desden, mas de tu pecho
preciso es que sacudis ese indigno
amor, que de ti misma y de tu amante
va á ser la perdicion, si preferido
es por mas tiempo á las finezas mias.

Yo, que soi tu Señor, á i me rido,

y á tu belleza y gracias inocentes

mi nobleza y mi gloria sacrificio.

Decidete en el término de un dia,

y sepa yo por fin si mi destino

ha de ser siempre el de encontrar ingratos

y usar de la violencia y del castigo. *Vase.*

nas
ESCENA VI.

Matilde.

Mat. ¡Misera! ¿dónde estoy? ¿quién me ha arrojado
al doloroso trance en que me veo
en las garras de un tigre abandonada,
sin poderme valer? ¡Oh Dios eterno!

Si de la gloria de tu excelso trono,
 el llanto ves que de mis ojos vierto,
 sé compasivo á mi plegaria humilde,
 y escuda á esta infeliz en tanto riesgo.

¿Qué hai de comun entre mi baxa suerte
 y el Señor Soberano de Viseo?...
 ¡El bárbaro!... ¡Y afirma en sus furores
 que se abrasa de amor su injusto pecho!

Oprimir no es amar... Fernando mio,
 ¿dónde estás que no escuchas mis lamentos?
 ¿Dónde estás? Ven.... Rescata á tu Matilde
 de tan inesperado cautiverio.

Ven volando, mi bien.... ¡Mas desdichada!
 No vengas, no; que tu amoroso esfuerzo
 no bastará contra poder tan grande,
 y sin fruto los dos nos perderemos.

Perezca sola yo.

ESCENA VII.

Matilde, Oren, en traje de soldado.

Oren. ¡Matilde mia!

¡Matilde!

Mat. ¡Ai Dios! Él es.

Oren. Al fin te encuentro
 tras de tanto afanar.

Mat. ¡Oh vida mia!

¿Dónde te arrastra tu delirio ciego?

¿Cómo pudiste penetrar seguro

á esta mansion de horror y de tormentos?

Tu vienes á morir.

Oren. ¿Y qué es la muerte

si en tu defensa y á tu vista muero?

¿Puede acaso igualar en su amargura

á la triste afliccion, al desconsuelo

que al encontrarme sin tu dulce vista

sobre este triste corazón cayeron?

Llegó la hora; del amor guiado

volé en sus alas á tus ojos bellos,

y el puesto solitario me recibe.

Perdóname: culpable aquel momento

te contemplé y lloré: corro á tu albergue

sin detenerme, y viéndole desierto,

pregunto á todos, y confirman todos

de mi desdicha el infernal recelo.

Perdóname otra vez: harto he sufrido

en escuchar mis ponzoñosos celos,

en sospechar que la ambicion pudiera

lanzar á amor de tu inocente pecho.

La entrada á este castillo me abre el oro:

y yo por él frenético corriendo,

te encuentro al fin, y á tu presencia olvido

mi mortífera duda, y mis tormentos.

Mat. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha

indigna tanto de los dos, al trueno

que repentinamente en nuestro daño
lanzó irritado y severo el Cielo?

Tú quizá en tu furor me maldecias,
y yo postrada ánte el tirano fiero,
despreciando su orgullo y su opulencia,
juraba á voces tu cariño eterno.

Pero tú no lo dudas.... ¡Ai Fernando!

Sálvate por piedad; tu fin es cierto
si te halla el Duque: á mi dolor no añadas
el dolor de mirarte en tan riesgo,

y aun tu muerte quizá.... ¡Si tú supieras
á qué aspiran sus pérfidos deseos!

Mas no receles: sin tu amor ¿qué valen
su pompa toda, y su insolente imperio?

Oren. ¿Con que á usurparme el bárbaro se apresta
tu amor, tu mano?

Mat. Sí; mas oye: el tiempo

corre, y con él acaso la esperanza
de poderte librar. Huye. Si el Cielo

alas con que volar á mí me diera,
¡oh, cuál tendiera fugitiva el vuelo

léjos de esta prision triste y horro

Mas no es posible huir; no hai otro medio
que resistir, sufrir; y si la muerte

llega, morir.

Oren. No al congojoso miedo
te abandones así: pronto, no dudes,
te verás salva de él.

Mat. ¿Cómo á su inmenso poder contrarrestar? Tú ya te olvidas de la distancia que fortuna ha puesto entre tu humilde condicion, Fernando, y el tirano que atroz manda en Visco.

Oren. No hai tanta, no....

ESCENA VIII.

Dichos. Enrique. Atayde. Asan. Aly. Guardias.

Atay. Aquel es: vos de su labio
 Á Enrique señalando á Oren.

os podéis cerciorar.

Mat. ¡Oh Dios eterno!

El es, él es: ¡ai tristes de nosotros!

Enri. ¡Insensato! Sin duda el justo Cielo

por castigar tu atrevimiento loco,
aqui te traxo delirante y ciego.

¿Quién eres? Mas ¿qué dudo? El miserable

que de Matilde sorprendió el afecto,

y que ~~as~~ engaños péfidos envuelve

su tierna edad, y su inocente pecho.

Oren. Sí; yo soi no quien debe á los engaños

de su apreciable amor el bien inmenso.

Mi fé llamó su fé sencilla y pura,

su dulce llama se encendió en mi fuego.

Enri. Pues sabe que esa llama es en tu daño

un espantoso: inapagable incendio,
que te va á devorar. Tiembla. ¿Conoces
en mí el rival de tu infeliz deseo?

Oren. Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
piensas que al verme en tu presencia tiembo,
y tu poder frenético me inspira
solo abominacion y menosprecio.

¿Yo temblar? Pues tirano ¿soi acaso
quien la ha arrancado del hogar paterno?

¿Soy el que aspira á conseguir cariños
de un corazón con la violencia opreso?

Tu bárbara injusticia tiemble sola,
no yo que á tí tan superior me veo.

Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos
de tus viles satélites en medio,

y de tu furia entera amenazado,

triunfando estoi de tí: ¿no lo estás viendo?

Ella me ama: á nuestros dulces votos

mirándote presente á tu despecho,

allá dentro de tí mi suerte envidias,

y yo la tuya sin cesar detesto.

Mat. ¡Ah! ¿qué haces infeliz? Ve que...

Oren.

y vos, Señor, en vuestro noble pecho
recordad vuestra sangre, y no á mancharos...

Enri. Quítate. ¿Tú quién eres? En el seno
de tu fortuna humilde no se crían
una arrogancia y ademan tan fieros.

Dilo: no aguardes á exhalar tu vida
al rigor de los horribidos tormentos
que te preparo.

Oren. A vista del peligro:
jamás mi nombre se miró encubierto.

Tiembra tú; que tu igual en poderio,
es el conde de Oren el que estás viendo.

Mat. ¡Misera! Uno me oprime, otro me engaña!

Oren. Perdona; te engañé, yo lo confieso;
quise deber tu gloria á mi amor solo,
no á la opulencia, ni al poder, ni al miedo.

Enri. Pues bien: ni tu poder, ni tu opulencia,
ni el amor que te traxo aquí encubierto,
ni el amor que te tienen, y es tu gloria,
te librará de mi rencor violento.

Atayde, que á una torre del castillo
sea prontamente arrebatado y preso,
y que el conde de Oren en ella aprenda
á respetar al duque de Viseo.

Atayde, con una parte de los guardias, hace ademán de asir á Oren, y llevarle; y dice Oren
entre los guardias.

Oren. ¡Infame! En insultarme, en oprimirme
cuando me ves sin armas indefenso,
la lei de los cobardes has seguido,
no la prez ni el honor de caballero.
Si digno fueras de tu noble sangre,
si digno de tu nombre, en campo abierto

la dama á tu rival disputarias,
blandiendo airado el generoso acero.

¿Escuchas al valor?... Mas los crueles
siempre cobardes y menguados fueron...

Responde; tú igual soi.

Enri. Tu fin entónces,

sin ser por el combate ménos cierto,
mas bello y mas espléndido seria.

Tú has entrado en mi alcázar encubierto,
y á fuer de un miserable d'Arzado;

yo no conozco así los caballeros.

Muere, pues, como un vil obscuramente.

Llévadle.

Mat. Á mí con él ministros fieros

Arrojándose á los guardias que se llevan á Oren.

sacrificad tambien. Vedme aquí pronta....

Enri. Separadlos: Asan, llévala léjos

de mí, donde esa ingrata se decida

entre su elevación, ó su escarmiento.

Asan y Aly se llevan á Matilde por un lado,

Enrique y el resto de los guardias por el otro.

ACTO SEGUNDO.

Este acto pasa de noche. La escena estará iluminada con una sola hacha que habrá á un lado.

ESCENA I.

Matilde.

Mat. Todo reposa ¡oh Dios! ¿Cómo es posible que estos perversos con descanso duerman, y que el silencio solo se interrumpa por el triste gemir de la inocencia? Mi dulce amante y yo velamos solos, y nuestras quejas lúgubres se estrellan de este albergue funesto en las murallas, cuando á encontrarse desaladas vuelan: en otro tiempo al cobijar la noche el universo entero en sus tinieblas, cuando el sueño llamaba á los mortales, yo me cecia alegre y satisfecha: Feliz hoy fuiste, y lo serás mañana: y el sueño luego en mi apacible idea los objetos queridos de mi pecho pintaba en sus imágenes risueñas. ¿Qué diferencia! El venidero día aun será mas cruel.... Pero ¿quién llega?

ESCENA II.

Matilde. Oren. Atayde. Un soldado detrás, que se quedará en el fondo del teatro.

*Mat. Tres son. ¿Quiénes serán? Los ojos míos en tan escasa claridad no aciertan á distinguir. ¡Miserá! ¿Qué horrores se irán á preparar? *Se retira á un lado.**

Oren. ¿Dónde me llevas?

¿Dónde estoi?

Atay. No tembleis.

Oren. Pecho cobarde,

¿me juzgas por tí mismo? Oren no tiembra.

¿Qué manda tu Señor? ¿Su alevosía

va á verse en este punto al fin completa?

Atay. Nada ha resuelto aun: de sus furores la dura agitacion ha dado treguas por un momento al sueño, y él reposa.

Oren. ¿Y Matilde?

Mat. Héla aquí: que á tu presencia

se siente revivir; que venturosa

de perecer contigo se contempla

si vas á perecer. ¡Oh amigo mio!

No nos separarán, no habrá violencia

que baste á tal rigor.

Atay. En este punto

vais, Señor, á ser libre; pero es fuerza

que salgais de este alcázar peligroso
sin vuestra amante.

Mat. ¡Bárbaro!

Atay. Lo ordena
la suerte así.

Oren. Mui bien: ¿cómo podremos

Á Matilde, despues de exâminar y reconocer á Atay.

fundar nuestra esperanza en sus promesas?

Ya reconozco al pérfido; él fué solo
quien aquí me vió entrar, y su vil lengua

es la que á su Señor me ha descubierto.

Atay. Es cierto, os descubrí: ni os pudiera

de otra suerte salvar: si á denunciaros

acaso alguno de los negros llega,

Matilde, vos, y yo somos perdidos:

así gané su confianza entera,

y encargando á mí solo vuestra guarda,

así os vengo á librar de su fiereza.

Oren. ¿Dónde estamos, *Matilde*? Entodas partes

la maldad, la perfidia nos rodean.

¿Serémos, pues, tan viles, que fiiemos

nuestra ventura y libertad en ellas?

Atay. Esas dudas me ofenden, y no os alvan:

el peligro nos insta, el tiempo vuela;

temed que este momento malogrado

quizá el momento que vendrá nos pierda.

No dudeis de mi fe. Soldado, al punto

las puertas del castillo abiertas sean

á este jóven: condúcele; tu vida responde de la suya.

Mat. ¡Oh, mi defensa! *Á Oren.*

¡Oh, mi Dios tutelar! ¿Cómo es posible que en esta infausta y lóbrega caverna quede Matilde sola, abandonada á ese monstruo cruel que en ella alberga?

Oren. ¡Atayde!

Atay. En este lance es ya preciso

Con resolución.

que cedais ciegamente á mi prudencia.

Vos no sabeis quien sois, cuál es la suerte de aquel á cuyo amor hoi en la tierra

todo amor pospondreis. Vuestro destino es hasta aquí un misterio, que mi lengua puede sola en el mundo revelaros, y que aquí dentro me escuchéis es fuerza.

Vos entretanto huid: y recordaos que del valor heróico y la presteza vuestro libertador y vuestra amante libres salir de tanto riesgo esperan.

Oren. Á Dios, Matilde; á Dios; pues las sendas todas á elegir nos niega, rindámonos por fin; mas el combate que bien pronto va á arder; mas las soberbias torres que nuestro ultraje han presenciado, y oyeron insensibles tus querellas, en sangre de su dueño salpicadas,

y al suelo desplomadas y deshechas,
de mi amor, mi venganza, y mis furores,
serán en Portugal eternas pruebas.
Condúceme, soldado. *Vase con él.*

ESCENA III.

Matilde. Atayde.

Mat. Ya está libre;
¿porqué no lo estoi yo? ¿Porqué esta horrenda
cárcel escucha los suspiros mios,
cuando á su lado respirar debiera?

Atay. Libre os vereis también; pero es preciso
que este servicio sin igual merezca
alcanzar mi perdon de aquel cautivo
que tanto tiempo entre sus hierros pena.

Mat. Qué cautivo? qué hablais? Yo no os entiendo.

Atay. ¡Ai Señora! Escuchad: desde su tierna
infancia siempre he acompañado á Enrique,
y de todos sus gustos y sus penas
he sido por gran tiempo. En él la negra
envidia, que abrigó contra su hermano,
bebíó el veneno que su pecho encierra.
El Cielo en el nacer le hizo segundo,
y la segura y alta preferencia
que por su gran carácter Eduardo

logró siempre en la paz, siempre en la guerra,
 para el perverso y envidioso Enrique
 perenne fuente de tormentos era.
 Rivales en amor, ámbos ardieron
 por Teodora Moniz: su mano bella
 fué de Eduardo, y el furioso Enrique
 vió despreciada su pasión violenta.
 En mengua tal sacrificar su hermano
 á su venganza despechado piensa,
 y que después la miserable
 la mano entregue al opresor por fuerza.
 Yo fui iniciado en el fatal secreto:
 el alago, el obsequio, las promesas,
 las amenazas... ¡Dios! ¿qué no hizo Enrique
 porque ministro de sus iras fuera?
 Señora, él me sedujo.

Mat. ¡Desdichado!

Atay. No fui el solo yo. Cuando de
 la venturosa expedición lograda
 en paz al fin se reposó la tierra,
 él del África traxo esos dos negros,
 cuya intrépida y bárbara obediencia
 al odioso tropel de sus delitos
 pudo allanar la abominable senda.
 Ellos y yo, Señora, le seguimos
 á este mismo castillo, en que la escena
 desventurada fué, donde de alcaide
 me dió la autoridad por recompensa.

Yo no manché mis manos con la sangre:
 el mismo Enrique fué quien de su ciega
 de su violenta cólera arrastrado
 hundió en el seno fraternal su diestra.
 Iba el golpe á doblar, cuando Teodora
 volando de su esposo á la defensa,
 lanzóse en medio, y del atroz cuchillo
 al rigor implacable cayó muerta.

Mat. ¡Qué horror!

Atay. Enrique contemplar tendidos
 sus dos hermanos, con el alma llena
 de imprevisto pavor, huyó á otra estancia,
 y, obedeciendo á su temor, ordena
 que cuantos á Eduardo acompañaban
 al punto allí sacrificados fueran:
 Asan y Aly los degollaron todos.

Violante misma, la inocente prenda
 del amor de los tristes, ya cortado
 miraba el hilo de su vida tierna
 por la espada de Aly: yo la dí vida.

Señora, recordaos de la ligera
 cicatriz que aun se mira en vuestro cuello,
 y al fin vendreis á conocer por ella
 quién debe el ser á la infeliz Teodora.

Mat. ¡Yo Violante! ¡Gran Dios!

Atay. A la heredera
 del poderoso duque de Viseo
 un fiel anciano en su mansion secreta

prestó seguro asilo : allí crecísteis ,
 allí una educacion noble y modesta
 adornó esa belleza sin segunda
 con que os enriqueció naturaleza.
 Igual en todo á vuestra augusta madre,
 vos la representábais en la tierra,
 cuando vuestra desgracia á aquel retiro
 conduxo á Enrique , y permitió que os viera,
 y al veros se inflamó.

Mat. ¡Monstruo inhumano!

Hé aquí la causa del horror bien cierta
 que de solo mirarle yo sentia.

Del negro fratricida á la presencia
 toda la sangre en mi interior se helaba,
 y era mi madre, que con voz secreta
 me gritaba: *Aborrece á mi verdugo....*

¿Qué no os debo, Atayde? ¿Y vuestra lengua
 el perdon de su error de mí imploraba?

¡Plugiese al Cielo que premiar pudiera!

Atay. Escuchad hasta el fin: yo no merezco
 sino piedad: de la cruel tragedia
 el último el teatro abandonaba,
 cuando unos ayes desmayados llegan
 á mis oídos, que en sus ecos tristes
 mi ansioso pecho de dolor penetran:
 vuelvo á atender y á oír: era Eduardo,
 que en su palpitacion aun daba muestras....

Mat. ¡Ah bárbaro! ¿Y tu mano sanguinaria

ahogó en su vida la postrer centella?

Atay. Ved que no soi culpable de su muerte.

Mat. ¿Vive mi padre?

Atay. Vive, si existencia

puede llamarse tan funesta vida
entre la noche y el dolor envuelta.

Cuando volvió en sí el triste, ya amarrado
halló su cuerpo á la fatal cadena,
con que oprimido por tan largos tiempos,
de su perdida libertad se queixa.

Diez años há que al mísero Eduardo
de voz humana ni aun los ecos llegan.

Mat. ¡Eterno Dios! ¡Oh crímenes! ¡Oh día,
día de revelacion! Yo en mis querellas,
yo en mi infortunio denunciaba al Cielo,
cuando mi padre.... Atayde, ¡qué fiereza
en tu insensible corazon se esconde!

Atay. Yo, obedeciendo mi piedad primera,
le dí la vida, y á ocultarlo luego
me persuadió el temor. ¿Cómo pudierra
quererme á exterminar á Enrique,
sacarle yo de su prision funesta?

Á veces esperé (¡cuán vano engaño!)
que á una dichosa paz abrir pudiera
la puerta el roedor remordimiento
que desde entónces al tirano aqueixa;
tal vez el punto de vencerle he visto;
pero los celos, el rencor, la afrenta,

la misma enormidad de sus maldades
 en él ahogaban las endebles quejas
 del arrepentimiento. Asi mi alma
 de incertidumbre y confusiones llena,
 ni fiel á Enrique, ni á Eduardo ha sido,

entre el temor y la piedad suspensa.
 Tal, Señora, es mi crimen: yo no anelo
 á disculparle; mas la vida vuestra,
 mas la de vuestro padre al fin merecen
 que concedido mi perdon me sea.
 ¿Lo será? Responded.

Mat. Tú has sido, Atayde,
 bien culpable y cruel; pero haz que vuelva
 mi triste padre á mis amantes brazos;
 y vuelva libre, y perdonado quedas.
 Llévame donde está: cada momento
 que sufra mas en su fortuna adversa
 redobra mi afliccion. Vamos.

Atay. ¿Qué miro!

Aquí los negros bárbaros se acercan:
 ellos son mas temibles que el tirano,
 y si juntos nos ven todo se arriesga. *Vase.*

Mat. ¿Qué decretais, en fin, de esta infelice
 Omnipotentes Cielos! ¡Ayer era
 Matilde, hoy soi Violante! ¡Ah! ¿cuándo, cuándo
 será que tanta confusion fenezca? *Vase.*

ESCENA IV.

Aly. Asan.

Aly. Mírala, Asan, huir de nuestra vista: dos esclavos humildes la amedrentan y la auyentan de sí: ¡bien desdichada es por cierto su suerte!

Asan. Que padezca,
¿No ha nacido de blancos, y en Europa?
Flor engañosa de venenos llena,
amor ahora y compasion inspira
con su tierna hermosura y su inocencia.
Mas aguarda, y verásla abrir su seno
bien pronto á la perfidia, á la soberbia;
frutos de esta region abominable,
que todo lo corrompe; que padezca,
que la atormente Enrique: yo gustoso
me prestaré á su cólera.

Aly. Tú esperas
gratificado en libertad te ponga,
y así le sirves.

Asan. Busca en las tinieblas
la claridad, abrigo en las heladas,
y la seguridad en las tormentas,
antes que gratitud de un europeo.

Aly. Si eso es verdad, Asan, ¿porqué te empeñas del Duque en merecer la confianza?

Tu boca siempre bárbara y funesta
 su natural ferocidad inflama,
 y si él piensa un delito, á otro le lleva.
 ¿En él qué puedes apreciar?

Asan. Sus vicios :

ellos son los que amable le presentan
 á mi sañudo espíritu: por ellos
 mi vengativo corazón recrea.

Su furor, su crueldad son el azote
 de cuantos blancos por mal le cercan;
 y yo me gozo en las terribles plagas
 de que su atroz iniquidad se ceba.

Los blancos de mi patria me arrancaron,
 ellos á mi valor dieron cadenas,
 y del respeto en vez que allá gozaba,
 aquí soi un objeto de vergüenza.

¿Cuál es el blanco que buscó de un negro
 jamas de la amistad la union estrecha?

¿Y qué muger no escucha horrorizada
 de su infeliz amor las tristes pruebas?

Patria, esposa, familia, amores, todo,
 todo lo tuve.... ¡oh Dios! Una hora

de todo me privó. No, no es posible
 que aquel instante á mi memoria venga
 sin que toda esta raza de hombres duros
 con odio interminable yo aborrezca:
 ni me es posible contemplar mis males,
 sin que los suyos mis delicias sean.

¿ciencias que yo amo á Enrique?

¡Oh, cuál te engañas!

Amo en él esa bárbara fiereza,

verdugo de sí mismo y de los otros,

que llena mi venganza toda entera:

(1) amo al devorador remordimiento

que le destroza cuando ansioso piensa

en el abismo de tormentos fieros,

con que la horrenda eternidad le espera.

Ser el ministro ~~y~~ tantos males,

¿con quién sino con él lograr pudiera?

¿Con quién sino con él de tantos blancos

el despecho gozar y amargas quejas?

Aly. Pero entretanto víctimas nosotros

somos también. Yo, Asan, de esta caverna

pienso escapar; mi corazón no puede

tanta infamia sufrir.

Asan. Yo mientras pueda

con Enrique hacer mal, seré de Enrique;

mas si él se abate, ó si los Cielos cesan

de sufrirle.... Ya entónces....

Doña Mari. Socorredme.

Dentro Atay. Aquí estoi yo, Señor.

ESCENA V.

Dichos. Enrique sostenido por Atayde.

Enri. Ellos me aquejan....

¿No los veis? ¡Qué rigor!... Yo á defenderme no basto ya. *Le sientan.*

Aly. ¿Qué es esto?... ¡cómo tiembla!... ¡cuál los ojos revuelve y se estremece!...

Atay. Hablad, Señor, hablad.

Enri. ¿Qué voz es esta?

Atayde!... Asan!... Aly!... ¿Con qué no ha sido mas que una sombra en mi engañada idea, un sueño?... ¿Mis oidos no escucharon las pavorosas voces que resonan acá en mi mente? Atayde, el mas terrible suplicio un lecho de deleites fuera, comparado al dolor que yo he sufrido.

Atay. Pero volved vos, y la funesta causa de tanta agitacion patente á vuestros fieles servidores sea.

Enri. Cómplices de mis crímenes atroces, escuchad, y temblad. Era la hora en que mis tristes miembros fatigados, del sueño hallaban la quietud sabrosa; entónces por las bóvedas vagando estar me pareció, donde reposan de mis muertos abuelos las cenizas baxo el mármol de honor que los custodia. Sus fúnebres emblemas me arrastraban, cuando á lo léjos entre aquellas sombras diviso una muger, que en dulce agrado á sí me llama, y mi atencion provoca:

pienso ver á Matilde en la que veo,
 y al mismo instante con ardor se arrojan
 mis presurosos pasos á alcanzarla,
 á estrecharla mis manos venturosas;
 pero en el punto de abrazarla.... ¡oh Cielos!
 su florida beldad se descolora,
 y de una herida, que su pecho afea,
 en copioso raudal la sangre brota.
 Mírola entónces mas atento, y era
 Teodora, Atay!

Atay. ¡Oh Dios!

Enri. Era Teodora,

con aquel ademan, aquel semblante,
 que fixos hondamente en mi memoria,
 su fin desventurado me presentan,
 y destrozan mi pecho á todas horas.

« Al fin volvemos para siempre á unirnos,

(con eco sepulcral dixo su boca)

« para siempre: mis brazos cariñosos

« van á galardonar tu amor ahora;

« mas contempla primero lo que hiciste,

« ~~me~~ me puso tu fiereza loca.... »

Sus ojos de sus órbitas saltaron,
 todos sus miembros, sus facciones todas
 en esto se deshacen, y en la imagen
 de un esqueleto fétido se torna.

Atay. Aly. Horror! horror!

Enri. Entre sus brazos secos

ella me aprieta , y con furor me ahoga ;
me infesta con su aliento , y me atormenta
con su alago y caricias espantosas.

“No mas ¡ai Dios! no mas (ánte sus plantas
digo cayendo exánime). Perdona

»espíritu cruel ; ¡cómo es posible
»que tal rencor los tumulos escondan!”

Huye entónces la sombra , y cuando pienso
libre mirarme , retumbar las losas
y desquiciarse los sepulcros ;

y en fuego hervir sus cavidades hondas ;
y de la llama el resplandor sombrío

sus frentes los cadáveres asoman
gritando : “ ¡Fratricida! Entre nosotros ,

»baxa , y el premio de tus obras goza.”

La fuerza del horror sacudió el sueño :
pero mis sufrimientos , mis congojas ,
ni entenderlas jamas podreis vosotros ,
ni explicarlas jamas podrá mi boca.

Atay. Señor , aqúeste sueño misterioso
no es una vana sombra ; es un aviso
que los Cielos os dan , y que os convida
á que pongais un término al delito.

Dexad ese sendero peligroso
que hasta aquí habeis hollado : arrepentios ,
y tal vez la virtud....

Enri. ¡Ah! Es imposible.

¡La virtud! Mi exécrable fratricidio,

el rencor y la envidia la arrojaron
para siempre jamas del pecho mio.

¿Quieres verme feliz? Pues al instante
de la mísera sangre que he vertido,
y que aun hierve reciente en mi tormento,
ataja los raudales vengativos.

Abre la puerta al sepulcro, y osa
sus leyes suspender á los destinos,
y aquellos dos objetos miserables
de mi inicuo fiero, vuélveme vivos.

Entónces, quizá entónces mis excesos
encontrarán perdon, y condolidos
los Cielos de mi afan, disiparian
este negro terror en que agonizo.

Atay. ¡Dios! Será este el momento afortunado.

Aparte.

Esclavos, retiraos de aqueste sitio:
yo quedo á obedecerle.

Se van los negros.

ESCENA VI.

Enrique. Atayde.

Enri. Para siempre
nos volvemos á unir, la sombra dixo.
Salid de mí, palabras ominosas,
dexad de retumbar en mis oidos....

mas aun tienen.... La muerte y el infierno
 el premio van á ser de los delitos
 con que al mundo espanté.... Triunfa Eduardo,
 triunfa de tu frenético asesino;
 la suerte que le aguarda es tan horrenda,
 que de ella al fin te apiadarás tú mismo.

Atay. Calmad, Señor : el Cielo inexorable
 no rechaza al mortal que arrepentido,
 detestando sus crímenes, se vuelve
 de la virtud al generoso varón.
 Si aqueos sentimientos rencorosos,
 que en vuestro corazon siempre han vivido,
 sacudis de una vez, quizá escuchados
 serán de la piedad vuestros gemidos.

Enri. ¿Si me arrepiento?
 ¡Oh Dios! Hé aquí mi sangre:
 viértela, si con este sacrificio
 me consigues la paz que tanto anelo.

Atay. Vos la tendreis, en fin.

Enri. ¿Cómo?

Atay. Si vivo
 fuese Eduardo, y perdonar quisiere....

Enri. ¡Eduardo vivir! ¿Qué es lo que has dicho,
 Atayde?

Atay. La verdad.

Enri. ¡Gracias al Cielo
 que de tal peso aligerar me miro!
 Viva Eduardo, Atayde : que su muerte

no se escriba en el libro del destino,
y á mi condenacion tambien no sirva.

¿Mas quién le dió la vida, si yo mismo
el acero cruel clavé en su pecho,
y en su caliente sangre fui teñido ?

Atay. No fué mortal la herida, y yo salvarle
diligente logré ; pero escondido
debaxo de la tierra encadenado,
y ensordeciendo el aire con suspiros,
su mísera existencia ablandaria
las fieras sierpes, é insensibles riscos.

Ceda ya á tanta lástima la envidia :
Dios por mi mano quiere conducirnos
á la virtud. Decid: ¿estais ya pronto
á entrar en sus benéficos caminos ?

Enri. ¡ Ah! Si ; que viva, y me perdone, y ruegue
por mí á los Cielos: que del pecho mio
salga esta agitacion, aquestas sombras,
que aun ofuscan y aterran mis sentidos :
puras, como él, y nobles sus plegarias
acogida tendrán. Yo no me animo
á rogar ; fuera en vano. ¿ De mi labio

que ruegos ; ai ! saldrán que sean oídos ?

Mas dime : ¿ tú lo esperas ? ¿ Perdonarme
podrá al fin Eduardo ?

Atay. Yo confio
en que mañana el venturoso dia
será de paz y de perdon. Tranquilo

vos entretanto preparad el pecho
 á esta accion generosa : ella el destino
 va á hacer de vuestra vida : ella desarma
 los rayos todos del rigor divino. *Vase.*

ESCENA VII.

Enrique solo.

Enri. Sí, me perdonará: ^{acab} siempre me mi hermano
 generoso y leal era conmigo ;
 mientras que yo con él pérfido, ingrato,
 en todos tiempos, é inhumano he sido....
 El peso de mis crímenes me agovia,
 y es fuerza de mis hombros sacudirlo....
 ¡Oh, si lo alcanzo yo!... Matilde entonces
 quizá muestre á mi amor ménos desvío.
 ¡Matilde! ¡Oh, cómo al pronunciar su nombre
 mi ansiosa agitacion recibe alivio,
 y la serenidad vuelve á mi pecho!
 Mañana será mia, si respiro,
 á despecho de Oren : amargos celos,
 no así altereis mortíferos y activos
 los dulces sentimientos que me animan.
 Mas ¿qué puede ya Oren? Preso, cautivo,
 pendiente de mi enojo, ó mi clemencia,
 renunciar debe

ESCENA VIII.

*Asan. Enrique.**Asan.* Atayde os ha vendido :

las puertas de la torre han sido abiertas
por él al Conde, y léjos del castillo,
ya de vuestro poder viéndose libre,
se prepara tal vez á combatiros.

Enri. ¡Cielos! ¿Cómo que en mis labios infelices
el nombre del perdón jamas se ha oído
hasta esta vez, y al pronunciarlo ahora
me cercan la perfidia y los peligros?

Asan. ¿Qué peligros, Señor?

Enri. De todos tiemblo:

de Eduardo, de Oren, y aun de mí mismo.

Asan. ¿De Eduardo? ¿Y porqué? ¿La ilusion vana
que os agitó entre sueños, un prodigio
para vos ha de ser, que abra el sepulcro,
y anime los cadáveres ya frios?

Enri. ¡Ah! Que él vive no hai duda: el vil Atayde
le salvó por mi mal: él me lo ha dicho.

Mañana intenta que la paz juremos,
mañana se realiza mi exterminio.

Asan. ¿Entre vosotros paz? ¿Qué error! ¿Acaso
perdonaros podrá? ¿Dar al olvido
la muerte de su esposa, sus heridas,
sus desgracias, la causa del delito,

vuestro adúltero amor? ¿Y lo creísteis?

¡Oh error!

Enri. ¿Qué debo hacer?

Asan. En tal conflicto

mengua es dudar: busquemos á Eduardo.

Enri. ¿Cómo, si ignoro el misterioso asilo
donde respira? *Asan;*

de Atayde solamente es conocido.

Asan. Pues bien, Señor: el crimen siga al crimen,
y la sangre á la sangre. ^{¡Cada uno!} camino

no teneis de salud. Que Atayde preso,

á vista del tormento y los suplicios,

su secreto fatal haga patente:

vos dueño de Eduardo, á vuestro arbitrio.

aun ántes de que Oren venga en su auxilio,

sufra su suerte rigurosa y dura.

Enri. ¿Y cuál es?

Asan. ¿No nació en vuestros dominios?

Enri. Sí, *Asan.*

Asan. ¿De vida y muerte no teneis ahora
sobre ella el gran poder?

Enri. Lo tengo: es mio.

Asan. ¿Quién osará contrarrestarle?

Enri. Nadie.

Asan. Pues ántes que dé el Sol su nuevo giro
arrastradla al altar.

Enri. ¿Y si resiste?

Asan. Si resiste que muera.

Enri. ¿Y yo asesino

dos veces he de ser de quien adoro?

Asan. ¿Y sufrireis dos veces que el destino,

á despacho de vos, á vuestros ojos

se la entregue á un rival favorecido?

¿No vale mas vengarse, y presentarle

de su adorada amante el cuerpo frio,

y, escarneciendo su dolor, decirle:

Ni tú, ni yo?

Enri. Sí, *Asan*: consejo es digno

de mí, de tí: mi corazon le aprueba:

de todo su furor sé tú el ministro.

Vuela, sorprende á *Atleyde*: yo entretanto

á *Matilde* veré. ¡Cielos divinos!

¿porqué de amor el frenesí me arrastra

por tan desesperados precipicios?

Vuelve en *Matilde* á respirar *Teodora*,

y vuelvo á ser un monstruo.... ¿En mis delitos

reposo, pues, no habrá?... Mas así sea,

puesto que así lo decretó el destino.

Vase cada uno por diferente lado.

ACTO TERCERO.

La escena representa un subterráneo obscuro compuesto de varios ramales de bóvedas. Un banco de piedra, cubierto de pajas, sirve de lecho á Eduardo: junto al banco habrá un poste donde estarán colgadas las cadenas, que le han sujetado. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

ESCENA I.

Eduardo.

Eduar. ¿Cuándo será que mis amargos males por fin termine favorable el sueño, y á nunca despertar yo me adormezca en sus dulces imágenes envuelto?
 ¡Dulces, pero engañosas! ¿Qué me sirve que venga á regalar por un momento mis tristes penas, y á mi mente ilusa libertad y venturas ofreciendo, me parezca abrazar mí hija y mi esposa; ¡ah! si despues en mi prision me encuentro, donde de luz y libertad las voces ni pronunciar en esperanza puedo?
 Mis cadenas gastadas por los años rotas en fin á su impresion cedieron

solo el destino atroz que me persigue,
ni desmentirse, ni ceder le sientoo....

Mas de una vez las lágrimas del triste
por estas manos enjugar se vieron,
mas de una vez de sus fatales grillos
me vió el cautivo aligerar el peso.

¡Oh justo Dios! ¡Y tu bondad consiente
la dura esclavitud en que me veo!...

Se oye el ruido de la barra de la puerta.

Mas ruido se oye, y el instante llega
de que venga mi duro carcelero
el sustento á traer, con que la vida
se prolonga, y prolongan mis tormentos....

¡Mas luz! ¡Qué extraña novedad?

La puerta se abre, y se ve la luz.

ESCENA II.

*Aly con una hacha en una mano, y en otra su es-
pada. Matilde detrás de él. Eduardo se retira á
un lado del teatro, observándolos.*

Mat. ¿Es esta

caverna del terror el duro encierro
en que el tirano sepultar me manda?

Aly. Ella es, Señora.

Mat. ¡Inexòrables Cielos!

Diérame ver á mi angustiado padre,

antes de despedir mi último aliento.
 Diérasme el estrecharle entre mis brazos,
 y bañado en mis lágrimas su seno,
 exclamar y decir: ¡Oh padre mio!
 ¡reconoce á tu hija en el acerbo
 destino que la sigue!

Eduar. ¡Desdichada!

Llama á su padre: ¿si afligido y preso
 tal vez como yo estoy será ahora?

Aly. ¡Quién dar pudiera á su amccion consuelo!

Aparte.

Señora, perdonad á un vil esclavo,
 que forzado á seguir el duro imperio
 de su airado Señor, apenas puede
 allá en su corazon compadeceros.

Léjos de mí la bárbara fiereza,
 que otro pusiera en tan fatal empleo;
 mas aun mirar la agitacion terrible,
 aun escuchar los temerosos ecos

del Duque me parece, y la sentencia
 que pronunció su labio al conoceros
 Os cegásteis, dixísteis vuestro nombre,
 declarásteis quien erais, y á despecho
 del amor que devora sus entrañas,
 de solo su rencor oyó el acento.

Pero ¿porqué ultrajarle, y obstinaros?

Una sola palabra á su amor ciego
 que diéseis de esperanza, apaga el rayo

que sobre vuestra frente está suspenso.
Ceded.

Mat. ¡Esclavo vil! Cese tu lengua:
anda, guarda esos perfidos consejos
para tus semejantes infelices;
cumple con tu execrable ministerio,
y del dolor de verte y de escucharte
libértame al instante.

Aly. Yo no debo
detenerme ya más: su desventura
caiga sobre ella. A Dios, Señora.

Vase cerrando.

ESCENA III.

Matilde. Edúardo.

Mat. ¡Oh centro
de silencio y de horror! ¡Prision acerba!
¡Fúnebre tumba! Al cabo en vuestro seno
queda ya soterrada esta infelice
arrancada á luz y al universo.
Aquí olvidada, abandonada, y sola
deberé perecer. ¿Porqué naciendo

*Se dexa caer sobre las gradas que habrá debaxo
de la puerta.*

piadosamente fieras no me ahogaban
las manos que en la cuna me pusieron?

No así de mal en mal , de pena en pena ,
precipitar me viera donde muero
la mas desventurada de los mios ,
adonde sin testigos , sin consuelo....

Eduar. El hado , aunque tan bárbaro os persigue ,
no os niega aqueste alivio en tal extremo.

Mat. ¿Qué oigo? ¡Ai de mí! ¿Quién sois? ¡En
este sitio!...

Eduar. Señora ; otro infeliz , blanco funesto
del rencor mas cruel y levosia :
él puede acompañar vuestros lamentos
con los suyos tambien ; y no hai desgracia
que al hallar compasion no venga á ménos.
Del Cielo y de la tierra abandonado ,
y sepultado aquí por tanto tiempo ,
al fin de soledad tan congojosa
el primer ser humano en vos contemplo.
No sé si acaso á acrecentar mis males ;
pero entretanto con placer me entrego
á aliviar vuestra amarga desventura ,
si á tanto alcanzan la piedad y el ruego.
En vuestra edad florece la inocencia ,
y amor inspira vuestro rostro bello :
¿quién puede ser tan duro que os persiga?

Mat. ¡Ah maldita beldad! Don que los Cielos
para mi perdicion me dispensaron.
Señor ; es mi destino tan adverso ,
que un momento seguro de fortuna

en mi carrera señalar no puedo.
 Crecí sin conocer mis dulces padres:
 cuando sé quienes son, vengo á perderlos:
 mi madre indignamente asesinada
 en otro tiempo fué: mi padre preso
 devora su desgracia; y yo inocente,
 blanco me miro del furor violento
 de un tirano, que el Cielo por castigo
 lanzó á este clima. Enrique de Viseo....

Eduar. ¡Enrique! ¿Y vive aun? ¿Y no se cansa
 de verle el Sol, de sustentarle el suelo?
 ¡Ah! Si vuestro infortunio es obra suya,
 pereced, desdichada, no hai remedio:
 la estrella que á ese báñaro os entrega
 se goza en afligiros y en perderos.
 ¡Enrique! ¡Ah monstruo!

Mat. Por piedad las ansias
Levantándose toda exáltada.

calmad de mis sentidos: ya en mi pecho
 el corazon se agita palpitando
 entre la dicha y la esperanza incierto.

¿Decid, decid quien sois?

Eduar. Soi Eduardo,
 hermano de ese vil.

Mat. ¡Mi padre! ¡Oh Cielos! *Arrójase á sus pies.*

Eduar. ¿Qué decis?

Mat. No dudeis: los ojos mios
 las dulces pruebas de que el ser os debo

os dan en estas lágrimas que os bañan,
y que de gozo y de ternura vierto.

La mano, á un tiempo cruda y piadosa,
que nos salvó de los puñales fieros,
nos reservó á este encuentro inesperado
para acaso tal vez en él perdernos.

Reconocedme: ved en mí la sangre
de vuestra sangre: ved como los Cielos
de la desventurada esposa vuestra
en mí la viva semejanza en hecho.

Eduar. ¡Oh momento de gloria: ¡Oh semejanza!

Ni la inefable agitacion que siento,
ni el placer que me inunda en su dulzura,
ni las caras facciones que en tí veo,
me permiten dudar: ven, hija mia,
ven, y descansa en el paterno seno.

Mat. ¡Oh inefable placer! *Abrazándose.*

Eduar. ¡Dios de clemencia!

¡Tú que me diste un corazon de acero
bastante á resistir las tristes plagas
que sobre mí tan sin piedad cayeron,
dáme tambien un corazon que pueda
sufrir la inmensidad de este contento!

¡Hija mia!

Mat. ¡En qué estado miserable,
en qué penosa situacion te encuentro,
Señor! Aquí sumido, respirando
de este ambiente el mortífero veneno

¿cómo pudisteis resistir?

Eduar. Violante;

cuando asaltado del aleve acero
 por manos de un hermano, á quien yo amaba,
 me ví en las sombras de la muerte envuelto,
 ¡qué dulce era el morir! Volví á la vida;
 mas para verme encadenado y preso
 en este vasto y lúgubre sepulcro,
 perdida ya la sangre, y el aliento:
 llamé á voces ^{la muerte}: mis gemidos
 estas inmensas bóvedas oyeron,
 y el eco de dolor que las doblaba,
 redoblaba el espanto á su silencio.

Un ser desconocido y piadoso
 curó mi herida, y me alargó el sustento,
 diciendo: *Vive, espera*; mas su labio
 jamas despues se desplegó á mi anelo.

En tanta soledad y desamparo
 la afligida atencion volví á mi pecho,
 y hallándole inocente, al Cielo clamó:
 ¿En qué, pues, merecí lo que padezco?

Yo no sé: mas entónces, de repente,
 una nueva virtud sentí aquí dentro,
 una fuerza, que igual á mi destino,
 bastaba sola á contrastar con ellos.
 Crecia el mal, y mi valor crecía
 á par que su violencia.... ¡Ah! Si los Cielos
 conteri plan esta lucha formidable,

los Cielos de Eduardo están contentos.

Mat. Yo, Señor, me estremezco.

Eduar. A veces

tú y tu madre, presentes en mi sueño,
consolábais mi afán. ¡Oh Dios piadoso!

¡Y tras tanta ilusion, tras tanto tiempo
mi adorada Violante al fin me envias!

Abrázame otra vez: este consuelo
no nos le robarán.

Óyese ruido como de gente que baja.

Mat. ¡Oh padre mio!

¿Qué siento? ¿qué rumor...? El riesgo inmenso
en que estais se acrecienta: á devorarnos
se precipita el tigre.

Eduar. No tu esfuerzo
desmaye así, hija mia.

Mat. ¡Ah! Que yo sola
soi la ocasion de haberos descubierto:
cayeran sobre mí todos mis males,
y no os viniera á exterminar con ellos.

Eduar. Ven, y por estos senos ignorados
álgun arbitrio á nuestro bien busquemos.
Si el Cielo nos le niega, al fin muramos,
y acaben de una vez tantos tormentos.

los Cielos de Eduardo están contentos. más
 Mat. Yo, Señor, ESCENA IV.
 Eduar. A veces

Enrique. Asan. Guardias.

Enri. Ya penetré: las puertas de este albergue
 con voces de dolor me rechazaban,
 y entregado á sus lóbregos horrores,
 mi ansioso corazon tiembla y se espanta;
 pero es mas fuerte mi rencor. Sigamos...

Asan, él no está aquí. ¿Si nos engañará
 tambien Atayde ahora? Su vil pecho
 enflaqueció á la vista, á la amenaza
 del suplicio, y sus labios declararon
 que aquí preso Eduardo respiraba:
 mas yo no le descubro.

Asan. Pues no hai duda;
 los hierros aqui ved que le amarraban,
 ved el lecho de pajas.

Enri. ¡Ah! Y en ellas
 sobre él el sueño tenderá sus alas,
 con mas dulzura que los miembros mios
 le hallaron nunca entre las plumas blandas.
 Pero ¿en qué os deteneis, amigos mios?
 Entrad por esas bóvedas: que salgan
 los fugitivos á mi vista al punto.
 ¿Me entendeis? Mi poder, mi vida y fama,
 todo peligra, todo, si Eduardo

de mi justo furor ahora se salva.

Asan y los guardias se entran por el subterráneo.

ESCENA V.

Enrique.

Enr. Quiero andar, y no puedo: ¡ah! ¿quién tan débil hace mi corazón? ¿Quién de mis plantas la fuerza apoca? Es el fatal delito, sin duda, el que me sigue y acobarda. ¿No tuve aliento un tiempo? ¿Porqué ahora para acabarle de cumplir me falta? Estas piedras heridas tantas veces con sus gemidos, que aun por ellas vagan, á mi atronado y espantado oído con acentos de horror parece que hablan. ¡Oh vil abatimiento! ¡Oh como tiemblo!... De mi ultrajado hermano las miradas ¿cuál caerán sobre mí! ¿Cómo su pecho al ver á su opresor va á arder en saña! ¡Y yo, trémulo ánte él, con voz incierta la sentencia fatal que le amenaza pronunciaré, sin que Eduardo tiemble! ¡Él será el juez, yo el reo, y la alta palma de triunfar sobre mí, siempre los Cielos en vida y muerte le darán! ¡Oh rabia!

ESCENA VI.

Asan. Enrique.

Asan. Señor: en esas bóvedas oscuras
 perdidos, y perdida la esperanza
 de poderlos hallar, ya ácia este sitio
 pensábamos volver, cuando bien claras
 unas palabras, de repente, oímos
 con llanto interrumpidas y plegarias.
 Huye, hija mia, huye; yo lo ruego,
 yo te lo mando: tu ligera planta
 podrá escapar tal vez al gran peligro
 que en su ciego furor á ámbos amaga.
 Yo no puedo seguirte, y si tardamos
 morirémos los dos. Ella lloraba;
 mas ella huyó, y obedeció el mandato.
 Corrimos: Eduardo se adelanta
 á recibirnos, y con frente altiva,
 donde la magestad se vé pintada,
 «Aquí teneis á quien buscais (nos dixo);
 llevadme al punto á donde Enrique manda.»
 Los guardias le cercaron, y le traen:
 yo os lo vengo á anunciar.
Enri. Por piedad, anda,
 vuela, si es tiempo, y ántes que mi vista
 sufra el horror de su presencia infausta....

ESCENA VII.

Dichos. Eduardo en medio de los guardias.

Eduar. ¡Oh justo Dios! Conduélete de un padre
tiende de tu poder las grandes alas
sobre aquella infeliz.

Enri. Ya está presente.

¡Ah! ¡Qué la tierra ante mis pies no se abra!

Eduar. Héme Enrique á tu vista conducido

como un vil criminal. ¿Imaginaba

nadie este duro trance? Alza los ojos,

y al contemplar los dolorosos males

que amontonaste sobre mí, tu alma,

digno de su crueldad, goce un deleite.

¿Tú redoblar la atrocidad pasada,

y otra vez en la sangre de tu hermano

quieres bañar tu mano ensangrentada?

Termina, pues, mi deplorable suerte:

aquí estoy.

Enri. Temerario; así mi saña

osarás despreciar?

Eduar. Yo la provocho:

la muerte misma con que atroz me amagas

de tí me va á librar. Ella me lleva

ante el trono de Dios, que ya me aguarda

á darme el galardón dulce y eterno
de tanto afán y esclavitud tan larga.

Tú en tanto el vaso á su venganza apura:
su sentencia en tu muerte está pintada:
¡ terror en tus ojos; y el infierno

ya arde en tu pecho.

Enri. Tu insolente audacia

ocupa en insultarme los momentos
en que fuera mejor que te humillaras.

¡ Quizá Enrique, triunfante y poderoso
viniera á conceder á tus plegarias
un perdón, que rechazan tus injurias.

Eduar. ¿Perdón tú á mí, vil parricida? ¿Á tanta
ignominia Eduardo descendiera,

que vida á costa de su honor comprara?

Mi honor siempre fué puro, y á la tumba
también conmigo baxará sin mancha.

Tú vive: del cruel remordimiento
las sierpes roedoras te deshagan,
entretanto que el rayo en estallidos
el Cielo, en fin, á castigarte lanza.

Acaba: yo ni espero, ni te imploro.

Enri. Dices bien: no te resta otra esperanza

que la de morir: eterno objeto
para mí de rencor, de envidia, y rabia,

¿qué otro don que la muerte y exterminio
de mi terrible corazón buscarás?

Muere Eduardo: á mi pesar aun vives:

el vil traidor que te ocultó á mi saña
no te libraré ya: solo el sepulcro
alzar podrá la insuperable valla,
que entre nuestras discordias haber deb.
Muere; pues yo lo mando.

Eduar. Así en tí haya
igual valor á contemplar mi muerte,
como yo tengo en recibirla.

Enri. Basta:
Soldados, arrastradle; que al instante
en medio de esas fúnebres moradas
léjos de mí perezca. Yo no quiero
verle espirar.

*En el punto de arrastrarle los guardias sale Ma-
tilde á detenerlos.*

ESCENA VIII.

Matilde. Dichos.

Mat. Ministros de venganza,
deteneos: sabed que él es mi padre;
ved que es vuestro Señor.

Eduar. ¡Oh desdichada!

¿Así te obstinas en morir conmigo?

Mat. ¿Tú, Enrique, aun quieres mas?

Mira á tus plantas
la hija de Eduado y de Teodora.

¿No bastan, dime, á tu furor, no bastan tantos años de angustia: esta miseria, sin que un segundo parricidio vayas á cometer? Tu imperio está seguro.

Si ambicion de poder tu pecho arrastra manda en Viseo, y que Eduardo obscuro viva conmigo en un rincón de España.

¿No me escuchas, cruel? Ah! Si aun tu enojo en sed de sangre y de dolor se abrasa, aquí tienes mi caudal, aquí mi vida, y en ellos solos tu inclemencia sacia.

Enri. Aguardad. Qué no puedan mis furores resistir la impresion de sus palabras!

Oye Eduardo: el único camino de ser nuestras discordias acabada, en tu arbitrio está ya.

Eduar. ¿Cuál es?

Enri. Que al punto

Violante me consagre ánte las aras la ternura y la fe, que indignamente el venturoso Oren tiene usurpadas.

Vive; mas á este precio.

Mat. ¿Qué contento, bárbaro, dime, en violentar un alma has de hallar? Una víctima infelice, ¿qué amores puede darte, ó qué esperanzas? Eterno albergue de dolor seria su triste pecho, y sin cesar clamara

por tu muerte....

Enri. Si vive, es á este precio.

Eduar. ¿Qué frenesí tan ciego te arrebató?

¡Violante tuya! ¡Su inocente mano
enlazada á esa mano sanguinaria!

¿Y lo esperas tirano? ¿Y yo pudiera
á mis tormentos añadir la infamia,
y el incesto al horror? ¡Oh tú, hija mia!...

Mat. ¿ Señor ?

Eduar. Ven, y en mis brazos estrechada
jura eterno rencor al monstruo horrible.

Mat. Yo, Señor, se lo juro, aunque se caigan

Abrazados.

los Cielos con furor sobre nosotros.

Enri. ¿ Qué juro, de sus brazos arrancadla.

Mat. ¡Oh! ¡no podrán!

ESCENA IX.

Aly. Dichos.

Aly. Señor, poneos en salvo:

ya con su gente Oren tiene forzadas
las murallas y puertas del castillo.

Atayde, que está libre, en voces altas
clamando que Eduardo aquí respira,
ganó por fin á sus feroces guardas,
y exáltados al nombre de Eduardo,

sin defenderla, la anchurosa eñtrada
á Oren abrieron, y á su gente unidos
todos ácia estas bóvedas se lanzan.

Mat. ¡Oh Cielos, socorrednos!

Enr. ¿Si el Eterno

mandará ya pesar en su balanza

la irrevocable suerte que me espera?

Mas sedme fieles, y la nube infausta

podrémos conjurar, que de exterminio

armada viene, y á nuestra frente amaga.

Cercad esas dos víctimas: su vida,

mas que su perdicion, ahora nos valga.

Tú, Asan, pronto á mi voz, clava ensuseno

sin detenerte, la homicida espada.

Todos así pereceremos.

A E. Enr.

*Los guardias cercan á los dos. Asan se pone
junto á ellos.*

ESCENA X.

Dichos. Oren. Atayde. Soldados.

Oren. ¿Dónde,

ni quién podrá esconderte á la venganza

que mi encendida cólera fulmina

ya sobre tí, vil asesino?

Enr. C^{lla},

detente , mira . Si á mover te atreves
un paso mas la t emeraria planta
mueren los dos .

Atay. Señor : ya la violencia * Or.*

es aquí por de mas , pues que su rabia
ha encontrado el camino   defenderse
con el riesgo de vidas tan sagradas .

Deteneos . Y vos ,   quien mis ojos

  Eduardo.
no osan volver sus tímicas miradas ;

vos , que años tantos de prision tan dura
debeis , Señor ,   mi inclemencia ingrata ,
dignaos de que en trance tan terrible

  vuestra salvacion la puerta os abra .

Una sola palabra en vuestro nombre
permitidme que d  , y está embotada

la cuchilla cruel con que ese monstruo
amaga vuestras miseras gargantas .

  Puedo darla , Señor ?

Eduar. Yo la permito ;

mas libre , pura de baldon   infamia .

Atay. Si lo será . Yo , en nombre de Eduardo

prometo   Asan su libertad , su patria ,

si las preciosas vidas , que ahora ofende ,

con generoso aliento las ampara .

Elija Asan entre quedar tendido

en esta triste y desigual batalla ,

con el verdugo b baro   quien sirve ,

ó ir á buscar en su nativa playa
la dulce esposa, los amados hijos,
y entre sus brazos recrear su alma.

¿ó escuchaste, africano?

Ann. Ya he elegido.

¡Salir de esclavitud! ¡ver á mi patria!

¡mis amores gozar! Tú eres blanco:

Á Eduardo.

¿puede un negro fizr en tu palabra?

Eduar. Á nadie se vio nunca.

Enri. Asan, no escuches

su cobarde promesa. Esas ventajas,

y aun mas, te ofrezco yo

Asan. Tú siempre has sido

un infame, un traidor. ¿Qué confianza

puede en tí haber? Ninguna. Sed, pues, libres.

*Diciendo esto coge á Eduardo y á Matilde, y se
los da á Oren.*

Enri. Pése á mi horrible suerte!

An. Ya acabadas

en están tu usurpacion y tiranía;

húndete en el infierno que te aguarda,

y dexa libre respirar la tierra.

Oren. Y yo ¿á qué espero ya? Toma esa espada,

Oren toma una espada á un soldado, y se la

da á Enrique.

que ofender á un contrario desarmado
mi generoso aliento desdeñara:
defiéndete.

Eduar. Aguardad. Ingrato Enrique,
cuando mas fiera tu exécrable saña
irritaba tu brazo, y tu cuchillo
á Violante y á mí nos amagaba,
no quise recordarte mis favores,
ni abatirme al dolor y á las plegarias.
Mas ya en aqueste instante que te veo
agonizando entre tu misma rabia,
y que con ciega confusion revuelves
la muerte, la prisi^on, las tristes ansias,
el posible afan que en mí cargaste,
yo no puedo olvidar que en las entrañas
donde recibí el ser, el ser tuviste,
ni apagar el amor de nuestra infancia.
Escucha. Trás tus crímenes no hai medio
de darte la amistad, la confianza
de un hermano; mas vive. El pecho mio
se esremece al horror de tal venganza.

Oren. ¡Como! ¿Y ofensas tantas sin castigo
quedaran?

Mat. Sí, que viva; y que su alma,
si es capaz de virtudes, en vosotros
á adorarlas aprenda.

Enri. ¡Esto faltaba!

¡Este oprobio cruel, que me confunde,

y ¡si encendió pecho despedaxá! No sup
¿No deberte la vida? No, Eduardo: ¿mi
r) me la des.... Si acaso la aceptara, ¿de
legára un tiempo en que beber tu sangre
á saciar mi furor aun no bastára.
¿No te lo dixé ya? La tumba sola
puede á nuestras discordias ser muralla...
¡Vida de tú!... ni aun muerte.

*Arranca repentinamente el puñal de Aly, se
hiere, y cae en sus brazos.*

Mat. ¡Desdichado!

Su rencorosa condicion le acaba.

Enri. Aly: tú solo aquí no me más vendido...

Con voz moribunda.

Tal vez mi muerte compasion te causa....
Sácame tú de aquí.... llévame donde
sin que le pueda ver, rinda yo el alma.

F I N.

